

EL ECO DEL TORRENTE,

DRAMA EN TRES ACTOS.

A DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI,

EN PRENDA

DE FRANCA Y LEAL AMISTAD.

OSÉ ZORRILLA.

Madrid 22 de enero de 1842.

PERSONAS.

GARCI-FERNANDEZ, conde de Castilla.
LA CONDESA ARGENTINA.
ZELINA, esclava mora.
LOTARIO, señor de Roquefort.
GENARO, escudero de Lotario.

GINÉS.
HASSAN, esclavo moro.
EGIDIO, caballero castellano.
UN PAGE.
DAMAS, ESCLAVAS Y CABALLEROS.

Siglo 10. Año

ACTO PRIMERO.

Aposento de la condesa Argentina. Decoracion cerrada con balcon en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina sentada en un almohadon despierta al ruido de la puerta de la derecha por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA.

ZELINA, ARGENTINA.

Zel. ¡Maldito quien á deshora
Viene mi sueño á turbar!
Ni aun el placer de soñar
Logrará la pobre mora.

Arg., entrando. ¡Esclava!

Zel. (¡Cuánta altivez!)

Arg. Tarda has andado en abrir.

¿No me sentiste venir?

¿Tal vez dormías?

Zel. Tal vez.

Tres noches pasé velando
Del conde á la cabecera,
¿Qué extraño es que me rindiera
El sueño?

Arg. Siempre aguardando
A tu señora te rinde.

Zel. Descansa el ánima inerte
De la esclava cuando duerme,
Que no hay placer que la brinde
Tranquilamente á velar,
Sabiendo que mientras viva
Solo gozará cautiva
El bien que logre soñar.

Arg. Importunas, mora, son
Tus quejas á lo que creo.

Zel. Que no las sienta ya veo
Vuestro feliz corazon.

Arg. ¡Feliz le llamas?

Zel. ; Pues no!

¿Qué deseo le acosara
Que al punto no le lograra?

Arg. Mas feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad
Que vives cautiva aquí,
¿Seria en tu patria, di,
Mas franca tu libertad?

Encerrada tu hermosa
En el haren de un señor,
El alcázar de tu amor
Fuera á par tu sepultura.

Zel. De mandar á obedecer
Va grande trecho, señora.

Arg. Esclava es siempre una mora
Desde que acierta á nacer.
Infiel y altivo su esposo
Su amor con varias divide,
Y amor en su esposa pide
Como absoluto, zeloso.

Zel. Mas con placer se obedece
De quien se ama el capricho.

Arg. Está, mora, muy bien dicho,
Pero es cuando él lo merece;
Porque es muy duro tormento
Mentir fortuna y amor
Dentro del alma el dolor
Y en el semblante el contento.

Es muy terrible guardar
Un pensamiento escondido
En el corazon nacido,
Sin poderle de él echar.
Vivir de noche y de dia
Velando la oculta idea
Para que nadie la vea
Ni la entienda quien la espía.

Ah! tú no comprendes eso.
Zel. ; Pluguiera á Alá fuera así!

Pero yo arrastro ¡ay de mí!
Tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afan mayor
Ocultarle me interesa,
Mas el secreto me pesa,
Es mas intimo el dolor.

Vos en el vuestro á lo menos
Teneis quien os le consuele;
El mio á nadie le duele,
Que á todos les son ajenos
De un esclavo los pesares.

Arg. ¿Qué vale mi libertad
Si es ella sola en verdad
La causa de mis azares?
Vosotros que en vuestro dueño
Podeis mirar un verdugo,
De sacudir vuestro yugo
Hora buscais con empeño.
Yo soy tu ama, te digo,
Y tú al caer á mis plés
Con ira secreta ves
En tu señor tu enemigo.

A mí, condesa me llaman,
Y danne el mas alto puesto;
¿Mas quién sabe si detesto
A los mismos que me aclaman
Su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran deslíz
Tenerme á mí por feliz
A par de una esclava mora.

Zel. Mas podeis tener amigos
O buscarlos, pero yo..

Arg. ¿Amigos has dicho?... No,
Fueran de mi mal testigos.

Zel. Teneis un esposo noble,
Galan, amante y discreto,
Con quien partir un secreto
Que os agobia.

Arg. Y fuera doble
Mi pesar, fuera el postrero
Sin duda, Zelina, y fuera
Hacer de una ruin quimera
Un verdugo verdadero.
No, no, jamás: si algun dia
De mi corazon le echara
A él solo se le ocultara.

Zel. ¿Acaso le ofenderia?
Arg. Necia de tí, ¿no conoces
La razon de mis enojos
Cuando pregonan mis ojos
Lo que no dicen mis voces?
¿No ves que al llorar la calma
De mi corazon perdida
Guardo en secreto escondida
Mi desventura en el alma?

Zel. ¡Callad! sus secretos son
Mientras en suspiros los lanza
Faros de dulce esperanza
Que alumbran al corazon.
Mas si en la lengua atrevida
A palabras se reducen,
Son áspides que introducen
Su ponzoña en nuestra vida.

Arg. Si, por Dios.
Zel. Señora, quedo,

El secreto que guardais,
Callad, no me le digais,
Pues pagárosle no puedo.

Arg. ; Pagarle!

Zel. Pagarle, si,
Con el mio; mas es tal
Que el vuestro es menos fatal
Que el que me acongoja á mí.

Arg. Esclava, ¿qué desvario
Te asalta? ¿con cuál objeto
Uno por otro secreto
Mides? ¿Te dije yo el mio?

Zel. ¿Y mis sentidos cegados
Por ventura están? Mis ojos
¿No ven de vuestros enojos
Los arcanos tan guardados?
Quien al pié de vuestro lecho
Os vela vuestro dormir,
¿No se podrá introducir
Con astucia en vuestro pecho?

Arg. ; Traidora!
Zel. No es la traicion

Obra mia; es vuestro el dolo,
Vuestro labio fué el que solo
Vendió á vuestro corazon.

Él fué quien en vuestro sueño
Pronunció el oculto nombre,
Y no era el que lleva el hombre
De cuyo honor sois el dueño.
No : en la alcoba solitaria
Con amorosa porfía,
Le invocábais, y yo oía
La recóndita plegaria.
Llorábais ¡ah! y yo también
Sí, con llanto abrasador
Vos, vuestro perdido amor
Y yo mi imposible bien.

Arg. ¡Oh! te dolías de mí;
De mis pesares testigo
Los lamentabas conmigo.

Zel. Recordé los míos, sí,
Que es uno mismo el objeto
De nuestros males, señora,
Y el corazón de la mora
Guarda también un secreto.

Arg. ¿Tú amas?

Zel. ; Con cuánto ardor!

Mas si el aire sorprendiera
Mi secreto, aun de él temiera
Que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre también,
Mas el nombre del que adoro
Escondo como un tesoro;
Mi corazón es mi haren.
Aquí sin cesar le llevo
Indeleble, solitario,
Fanal de oculto santuario
A cuya luz no me atrevo.

Arg. Dichosa tú que conoces
A quien amas, y le ves.

Zel. ; Vuestro amor...!

Arg. Solamente es

El són de mis tristes voces.
Le amé y me adoró algun día,
Mas ya á mi ver me olvidó,
Niebla que se disipó
Con la luz del nuevo día.
Mas me olvido de quien soy,
Y de quien eres me olvido;
Esclava, lo que has oído
Olvidalo tú desde hoy.
¿Qué me importan tus secretos
Ni tus necios desvarios?

Te he confiado los míos?
Si los sabes...

Zel. Bien sujetos
Los tengo en mi corazón,
Y no se me escapan.

Arg. Silencio, pues : de tu afán
No pregunto la razón.
Tus cantares me agradaron,
Y entre ciento te elegí
Para entretenerme á mí,

Aunque mil te desearon.
Tu oficio es solo cantar
De inclinaciones desnuda;
¿Lo oyes? sorda, ciega y muda
Has de ser si has de medrar.
Y en tu memoria altanera
Con cifra indeleble, graba
Que te tengo por esclava,
Pero no por consejera.

Zel. Dadme paciencia, Señor,
Para sufrir su altivez.

Arg. Silencio, pues, otra vez,
O tiembra de mi furor.

(*Vase Zelina á una seña de Argentina.*)

ESCENA II.

ARGENTINA.

Sorprendió mi amor antiguo,
; Mas lo callará prudente!

Ademas que, aunque lo cuente,
En dédalo tan ambiguo,
Meterá á quien se lo escuche,
Que sin hilo conductor
Jamás saldrá del error
Con que alucinado luche.

Mas ; ay de mí! ; qué recelo,
Si yo misma al cabo ignoro
La existencia del que adoro
Y el sino que le dió el cielo?

Al conde podrá decir

Lo que ella me oyó soñar,
; Mas á otro no pude amar
Antes de á Burgos venir?

¿Qué hay que reprocharme en esto?

Há un año que estoy casada

Y de él no he sabido nada
Ni medios para ello he puesto.

Le amo, es cierto, pero ¿y qué?

Si olvidarle no he podido

¿La culpa de quién ha sido?

¿Por voluntad me casé?

Y si jamás le ofendi,

¿De qué se podrá quejar?

¿De que no le puedo amar

Quéjese de él, no de mí.

(*Abre la ventana y dice asomándose ;*

La noche lóbrega cierra,

No brilla estrella ninguna,

Y encapotada la luna

Alumbra á trozos la tierra.

¿Quién! ¡ay! de mi dulce Francia

Sobre sus rayos pudiera

Al soplo de una hechicera

Cruzar la inmensa distancia!

Mas mis ojos alucina

Torpe ilusión, ó el espacio

ESCENA IV.

ARGENTINA, ZELINA.

Arg. ¿Quién va?

Zel. ; Ah!

Arg. ¿Quién te mandó

Llegar sin que yo llamara?

Zel. La luz temí que os faltara

Y entraba á doblarla yo.

Arg. Toma, menguada, y aprende
(*La da un bofetón y se le cae la luz.*)

Que yo soy quien manda aquí.

Ea, despeja.

Zel. ¡Ay de mí!

Arg. ¡Fuera!

Zel. Y ¡ay de quien me ofendel
(*Sale la mora. Argentina cierra la puerta
y abre la otra.*)

ESCENA V.

ARGENTINA, GENARO.

Arg. Nada por fortuna vió,
Y á no venir con tal tiento
Sorprende todo el intento,
Pero diestra anduve yo.
Pisad quedo, y evitad
Que oigan por algún resquicio.

Gen. Hábéisla dado sin juicio,
Señora, y sin caridad.

Arg. Cien veces se lo advertí,
Y como entró de rondon

En tan precisa ocasion

Arrebatada la dí.

Gen. Mirad...

Arg. ¿Defendéisla ahora?

¿Qué importa esa bofetada?

¿No está á sierva destinada?

Pues que aguante á su señora.

Mas vos quien sois concluyamos;

Genaro tú, ¿con qué traza?

Gen. ¿Nada aquí nos amenaza?

Arg. Nada, seguros estamos.

Gen. Lotario en Burgos está.

Arg. ¿Dios mio! ¿en Burgos?

Gen. Llegó hoy.

Arg. ¿Y tú?

Gen. Su escudero soy

Como siempre.

Arg. ¿Y dónde va?

Gen. ¿A dónde ha de ir, señora,

Sino adonde vos esteis?

A no que vos le mandeis

Que se vuelva con la aurora.

Arg. No, no.

Gen. ¿Le amais todavía?

Del jardín de este palacio
Cruza un hombre y se avecina.

¿Quién pudo á tal hora entrar

En los jardines? Se pára...

Conmigo acaso se encara...

¿Qué busca en este lugar?

Me hace seña.. mas no entiendo

Lo que pretende... se aparta,

(*Se oye caer en la escena un objeto entrando*

por el balcon.)

¿Pero qué es esto? Una carta.

¿Cielo santo! ¿qué estoy viendo?

(*Lee.*) « Aunque parezca arrogancia

« Pedir de vos una audiencia,

« La aguarda con impaciencia

« Un peregrino de Francia. »

¿Sueño, Dios mio! es su letra,

Es él, es él; me lo augura

Mi corazón, que en la oscura

Sombra hasta el suyo penetra.

¿Mas cómo traerle aquí

Sin que nadie le aperciba?

¿Fiaré de esa cautiva...?

No, son armas contra mí.

Yo misma le iré á buscar.

Mas fuera mucha osadía.

¿Ah! ¿pero esta galería

No va al jardín á parar?

Es verdad que nadie la usa,

Mas es causa en mi favor.

Sírveme de excusa amor,

Si es que la razón me acusa.

(*Busca una llave con la que abre una*

puertecilla secreta que habrá en el fondo,

toma la lámpara y sale por ella vol-

viendo á cerrar. La escena queda á os-

curas.)

ESCENA III.

ZELINA.

¿Señora! ¿pero qué es esto?

¿Por dónde salió? ¿Señora!

¿Si dormiré?... alerta, mora,

Procura ganar tu puesto.

Alimenta tu esperanza,

Que si á ella el amor la culpa,

A tí el amor te disculpa,

Que opuesto á su amor avanza.

(*Vase dejando la puerta abierta y al*

mismo tiempo meten la llave en la gale-

ría. Al tiempo que por esta aparece

Argentina con Genaro, aparece por la

otra la mora con luz. Al verla, Argen-

tina cierra la puerta con precipitación,

dejando á Genaro fuera. Quédanse

mirando una á otra, Argentina con

sorpresa, la mora con inteligencia.)

Arg. ¡Mas bajo por compasion!
Si, le amo en mi corazon,
¡Mas él?

Gen. Con idolatria.
Con intriga cautelosa
De vuestro padre ha logrado
Venir á Castilla enviado
De embajador de Tolosa:
Y él, que ignora vuestro amor,
En nuestro lazo ha caído
Sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
En Burgos hemos entrado
Sin que el pueblo se aperciba
De nuestra oculta misiva,
Y de veros me ha encargado.

Arg. Pero ¿y Lotario?

Gen. No osó
Venir, que era necio paso,
Sin saber si el tiempo acaso
Vuestros intentos mudó.

Arg. ¿Mudarlos? ¿Por vida mia!
Sin maldecir la distancia
Que me apartaba de Francia,
No me dormí ningún día.
Esta tierra me es odiosa,
Y poco es Burgos, la España
Diera por una cabaña
En Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven
Y allí mis dichas están,
Allí mis suspiros van,
Y allí alimento reciben.

Gen. ¿Mas el conde cómo os trata?

Arg. ¡Pobre! mis desvíos llora,
Delira por mí, me adora
Y esto es lo que mas me mata.
Tal vez por mis sinsabores
Grave enfermedad le aqueja
Que sosegar no le deja,
Presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
Con él, al verle llorar
Lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
Pero quererle no puedo.
Y no he soltado jamás
Un gemido en su presencia,
Mas él lee mi indiferencia
En mi semblante quizás.
Él conoce, puede ser,
Y así su dolor agrava,
Que fuera alegre su esclava,
Pero nunca su muger.
Lo entiende, le pesa y llora;
Yo le martirizo y lloro.
¡Ay! yo porque no le adoro,
Y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer,

Tú en cuyos brazos mecida
Pasé mi ninez florida,
¿Qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,
Hablarle, llorar con él...

¿Será mi estrella tan cruel
Que me culpe este consuelo?

Gen. ¿Y quién os podrá culpar
Tan justo y sincero empeño
Si nadie se puede dueño
De su corazon llamar?
Cumplida nuestra embajada
Volveremos á Tolosa.
¿Un hora, pues, venturosa,
Porqué os ha de ser negada?
Él muere por veros.

Arg. ¿Sí?

Gen. Su fanatismo, su gloria
No es mas que vuestra memoria.

Arg. ¿Con que se acuerda de mí?

Gen. No se pasa un solo instante

Sin que os escuche y os vea
Allá en su escondida idea
En su desvario amante.

Y á tanto por vos se empeña
Que es, rayando en la locura,
Por vuestro nombre si jura,
Con vuestro nombre si sueña.

Tal vez guardó vuestra toca
De vuestro amor por despojos,
Y aun la humedecen sus ojos
Mientras la besa su boca.

Arg. ¡Calla! que con tal pintura

Mi corazon desfallece
Y mi razon enloquece
Con tan celestial ventura.

Él me amó, ¿y amedrentarle
Imposibles no pudieron?

¿Y á mí vacilar me hicieron
Hasta dudar de es: erarle?

Sal ya, secreto escondido,
Del corazon que atosigas,
Sal del alma en que te abrigas
Temeroso y desvalido.

Ya no eres vago deseo
Sin ventura ni esperanza,

Eres voz cuyo eco alcanza
Mas allá del Pirineo.

Ven, ven, Lotario, á mis brazos,
Y aunque se ofenda Castilla

Y alce el conde su cuchilla
Para hacerme allí pedazos.

Gen. Pues bien pronto le verás.

Arg. ¿Cuándo?

Gen. ¡Mañana!

Arg. Es tarde. ¡Mañana!

Gen. De buena gana

Fuera ahora, pero quizás...

Arg. ¿Qué temes? ¿Tú no has llegado
Tranquilamente hasta mí
Por esos jardines?

Gen. Sí:
Mas yo soy solo un criado,
Un siervo de vuestra casa
Que os vió, Argentina, nacer
Y que no supo poner
Al leal deseo tasa

De abrazaros y de veros:
Todo esto puede probarse,
Y es cosa que perdonarse
Puede á viejos escuderos,
Mas á caballeros no:
Que otras sospechas nacieran;
Y si verdades salieran,
No salvara él como yo.

Arg. Pues bien, Genaro, es preciso
Que yo le vea; no hay fuerza
Que esta voluntad me tuerza;
Iré yo, llévale aviso.

Gen. ¿Vos con noche tan oscura

De este palacio salir?

Arg. O viene él ó yo he de ir.

Gen. Que venga es menos locura.

Arg. Que venga pues.

Gen. Pero sea

Cuando todo esté sumido
En el sueño, y advertido
Ningun curioso lo vea.

Arg. Sea.

Gen. Yo os esperaré

Con él en la empalizada

En hora mas avanzada.

Arg. Yo de aquí os avisaré;

Y hasta que todo repose

Y retire del balcon

La luz, mucha precaucion,

Y nadie mostrarse ose.

Gen. ¿Y si hay algo que lo impida?

Arg. Te haré la hora avisar. (Llamam.)

¡Cielos, he oido llamar!

Huye de aquí por tu vida.

Gen. Si me habrán visto venir.

(Vase por la puerta secreta.)

Arg. Imposible. mas sal presto.

¿Cuál será el nuevo pretexto

De venirme á interrumpir?

ESCENA VI.

ARGENTINA, UN PAGE.

Page. El conde os pide permiso
Para saludaros antes
De recogerse.

Arg. Si es esa
Su voluntad, di que pase,
Que será bien recibido.

Page. Pues vendrá al punto, esperadle.
(Vase.)

ESCENA VII.

ARGENTINA, ZELINA Y DAMAS.

Arg. Elvira, Diana, Constanza,
Arreglad mi vestidura,
Que pende de mi hermosura
Esta noche mi esperanza.

(Zelina, Elvira y Constanza arreglan
los cabellos y el traje de Argentina, la
prenden flores, la traen anillos que se
pone, etc., etc., Zelina mirando por
todas partes hasta que ve la llave puesta
en la puerta secreta.)

Zel. Aquí no está y no ha salido;
Mas no erré... llave hay allí.

Arg. ¿Qué murmuras tras de mí?

(Al volverse ve á Zelina que lleva mano
al carrillo.)

¡Hola! ¿con que lo has sentido?

Pues tanto la faz te duele
Ve si te place ese anillo,
Y el escozor del carrillo
Ese rubí te consuele.

Y advierte que mil criadas
A piés juntillas quisieran
Que sus señoras las dieran
Anillos y bofetadas. (Le da uno y lo rehusa.)
¿Qué es eso?

Zel. Os pido perdon.
(¿Qué valdrá el rubí en mi dedo
Si borrar con él no puedo
Mi afrenta del corazon?)

Arg. Por Dios, criatura necia,
Que estoy con razon tentada
De dar otra bofetada
A quien el rubí desprecia.

Zel. Pues no tengo libertad,
Lo podeis á salvo hacer;
Mas que no pude escoger
Mi suerte considerad.

Arg. Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y di á tu corazon
Que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.

Zel. Cantaré:

Mas quiera el cielo, señora,
Que la cancion de la mora
Mas sentimiento no os dé.

Arg. Arrepentida te quiero :
¿Mas quién llega?

Page. El conde. Abrid.

Zel. (¡Qué abatido está!)

Arg. Salid.

Zel. (Pero sanará : lo espero.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, ARGENTINA.

Conde. Guárdete Dios, Argentina.

Arg. Conde, vengais en buen hora.

¿Cómo os sentís?

Conde. Bueno ahora,
Pues estoy cerca de tí.

Arg. Sentaos, tomad aliento ;
Os cansa mucho el caballo.

Conde. Dicen los doctores que hallo

Alivio á mi mal así,

Y obedezco sus consejos ;

Aunque en verdad no imagino

Que avanzo mucho camino

Con ellos en mi salud.

Y tú, ¿cómo estás? ya há mucho

Que en mi cuarto no te veo.

Arg. Mis visitas escaseo,

Y hago con exactitud

Lo que mandan los doctores.

Mi presencia os empeora.

Conde. Argentina encantadora,

¡Ah! ¡no los creas por Dios!

Tu presencia me es un bálsamo

Que mis cuitas adormece ;

Tu presencia me parece

Que mi salud trae en pos.

¡Oh bellísima Argentina,

Luz de mis ojos radiante!

Desde el fortunado instante

En que por dicha te vi,

Mi voluntad, mi deseo

A mas ventura no alcanza

Que á la segura esperanza

De tenerte junto á mi.

De noche allá en mis delirios

Tu imágen se me aparece,

Y el alma se me estremece

Con tan dichosa ilusion.

La luz que radia tu rostro

Mi corazon ilumina,

Que hasta en tu sombra, Argentina,

Te adora mi corazon.

De dia ansioso te busco,

Y si en el jardin paseo,

Dichoso ademas me creo

Si de la reja á través

Alcanzo tu sombra errante,

Aun sabiendo ; vida mia!

Que mi amorosa agonía

Ni te imaginas, ni ves.

Mas tú entretanto me esquivas

Y sola, y triste, encerrada

Una tras otra jornada

En tu aposento te estás.

Algunas veces me han dicho

Que baña el llanto tus ojos...

¿Porqué, di, son tus enojos?

¿Lloras tu pátria quizás?

Arg. Tal vez, señor : de Castilla

Nacida en verdad muy lejos,

La razon ni los consejos

Bastar no podrán tal vez,

Y os lo confieso con lágrimas,

A borrar de mi memoria

La melancólica historia

De mi dichosa niñez.

Conde. Pues bien, no quiero que nunca

Ni aun caprichos te se nieguen.

Dentro de un mes, cuando lleguen

Las puras auras de abril,

Partiremos á Tolosa,

Verás otra vez al conde

Tu padre ; sí, iremos donde

Quiera tu anhelo infantil.

Yo uniré á tí mi destino,

¡Oh bellísima francesa!

Sé en Castilla la condesa,

Y donde te plazca vé.

Yo iré contigo, y al lado

De quien tan fino te adora

Tú serás reina y señora,

Y yo tu esclavo seré.

Arg. ¡Generoso castellano!

(De rodillas.)

¿Cómo pagar tus finezas?

Conde. ¡De nuevo á llorar empiezas!

Arg. De gratitud, conde, sí.

Conde. ¿No te amo? ¡paloma mia!

En contemplarte, en quererte

¿Qué hago de mas si la muerte

Me fuera dulce por tí?

Pero basta, alza, Argentina ;

Veo que un pesar secreto

Te acosa ; calla su objeto,

No quiero saberle, no.

Si tengo en su causa parte,

Quiero ¡Argentina! purgarla,

Necio fuera en preguntarla,

Debo corregirla yo.

Mas oigo en esa antesala

Rumor...

ESCENA IX.

DICHOS, UN PAGE.

Page. Vuestros caballeros,

Señor, y vuestros moneros

Vienen órden á pedir

Para mañana.

Conde. Argentina,

Recibeles tú ; me siento

Cansado, y no tengo aliento

Sus cumplidos para oír.

¡Ay!

Arg. ¿Suspirais?

Conde. De fatiga.

Era tan terco el caballo

En que corri...

Arg. Si os obliga

El sueño...

Conde. No, dulce amiga ;

Mas perezoso me hallo.

Arg. ¿Quereis reposar?

Conde. No á fé.

Que mandaras me pluguiera

A los pages que ahí dejé

Que apronten una litera,

Que volver no quiero á pié.

Húmeda la noche está,

Y es tarde, Argentina, ya

Para cruzar el espacio

De los jardines, que va

A mi aposento en palacio.

Si en tanto no te desplace,

Oyera de buena gana

Esa que prodigios hace

Esclava mahometana.

Arg. Yo os la enviaré.

Conde. Que me place.

ESCENA X.

EL CONDE.

¡Ay de mí! ¡tan cariñoso

Con ella y tan complaciente,

Tan rendido y cuidadoso,

Y ella siempre con su esposo

Tan fria é indiferente!

¡Siempre en su Francia pensando!

¡Siempre encerrada y llorando!

¡Maravilla es en verdad!

Mas si otro amor lamentando...

¡Callad, sospechas, callad!

Dejadme, zelos, gozar

En esta ilusoria calma ;

Sí, dejádmelo ignorar,

No hagais mas ágría brotar

Vuestra ponzoña en el alma.

Los zelos son ¡ay de mí!

Mis dolores : zelos son

De mi mal la causa, sí,

El mal que sufro está aquí

En mi pobre corazon.

Si es que rendirse no puede

A mi amor su ánima esquivo,

Con sus ilusiones viva,

Con sus memorias se quede,

Mas si otro amor la cautiva

Si no bastándola el mio

En otro amorosa piensa

Con criminal desvario,

¡Oh! el hilo de su desvío

Me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. ¡Hola! bien venida, mora.

Zel. Hame dicho mi señora

Que era vuestra voluntad...

Conde. Oírte, si, sea en buen hora :

Veamos tu habilidad.

Zel. La música es un consuelo

Que calma nuestra inquietud.

Conde. Siempre como don del cielo

La miré.

Zel. Aleja el desvelo

Y avecina la salud.

Yo en mis pesares, señor,

Con ella me le procuro

Y adormece mi dolor ;

Canto mis cuitas, mi amor,

Y dichosa me figuro.

Conde. ¿Con que amas?

Zel. Sí, con fatal

Eleccion.

Conde. ¿Luego el objeto

De tu amor te paga mal?

Zel. Sí, mas con razon.

Conde. ¿Con cuál?

Zel. Este es, señor, mi secreto.

Conde. Quiero respetarle, pues ;

Mas yo no soy un tirano,

Y si con mi empeño ves

Que mas fácil...

Zel. Así es ;

Pero intentarlo es en vano.

Conde. En curiosidad me ponen

Tus palabras, pobre mora.

Zel. Tales ruegos se interponen

Que hará mi lengua traidora

Si á mi silencio se oponen.

Conde. No insisto mas si te enojo.

Zel. Os agradezco el favor

Conde. Dicen siempre que el amor
Es de zarzas un manojo.
Zel. ¿Y la música, señor?
(*Preludia la mora en el arpa.*)
Conde. Tienes razon; ya te escucho
Con mi cansancio, aunque lucho.
Zel. (Zelina, esta es la ocasion.)
Conde. Ya de preludios es mucho.
Vamos, mora, á la cancion.
Zel. (*Canta.*) ¡Ay del que fia insensato
En el amor de una bella,
Si guarda en silencio ella
Ponzoña en el corazon!
¡Ay del que infiel
Adora á una hermosa que no le ama á él!
Conde. Deja cantigas de amor
Y mas si son lastimeras.
Zel. ¿Qué cantaré?
Conde. Lo que quieras.
No endechas, que es la mejor
Un tejido de quimeras.
Zel. (*Canta.*) ¡Ay del que fia insensato
En aposento que tiene
Dos puertas, por donde viene
Y se esconde la traicion!
¡Ay del que fiel
Conserva la jaula y el ave no es dél!
(*El conde presta cada voz mas atencion al
cantar de la moru: cuando esta con-
cluye, el conde ha recorrido con la vista
el aposento y visto las dos puertas. —
La mora sigue preludiando hasta que el
conde al mirarla la sorprende con la
vista clavada en él.*)
Conde. ¡Qué escuchol ¿es esto un
aviso?)
Zel. (Lo ha comprendido. Venci.)
Conde. (Traicion escondida aquí
Sin duda advertirme quiso.
Siendo de enemiga casta
El esclavo y el señor...
(*La mira, etc.*)
¡Hola! al buen entendedor
Media palabra le basta.)
¿Zelina?
Zel. ¿Qué me mandais?
Conde. ¿Quién te enseñó la cancion
Que he escuchado?
Zel. Un bofeton.
Conde. ¿Tales maestros usais
Los moros para cantar?
Zel. Nos los prestan los cristianos,
Que tienen largas las manos
Y nos hacen estudiar.
Conde. Vosotros en recompensa
Les mostrareis...
Zel. Que un secreto
Vale mucho bien sujeto

Con los nudos de una ofensa.
Conde. Y el secreto al denunciar
Tendreis ya medios seguros.
Zel. Las ventanas y los muros,
Que nunca podrán hablar.
Conde. La revelacion empieza,
Y ve que vale en verdad
Lo cierto la libertad
Y lo falso la cabeza.
Zel. Señor...
Conde. No tiene otro fin.
Zel. Pues bien, quien usarla sabe
Puede abrir con esta llave
A quien entre en el jardin.
Y vos no habreis olvidado
Que ese escondido retrete
(*Le muestra, y el conde se entera de cuanto
le va diciendo.*)
Conduce á este gabinete
Por corredor escusado.
Conde. La totalidad revela.
Zel. Un astuto observador
De este camarin, señor,
Es del cuarto centinela.
Conde. ¿De tu camarin?
Zel. Del mio;
Con un pequeño rodeo
Se llega á él; si el deseo
Os aqueja, yo os le fio.
Conde. ¿Luego aquí...?
Zel. Esperando están
A un hombre que otro anunció.
Conde. ¿Les vistis tú?
Zel. Verles no;
Mas con cauteloso afan
De cerca les escuché.
Conde. ¿Y son dos?
Zel. Dos.
Conde. ¿Hombres?
Zel. Hombres.
Conde. ¿Oiste acaso sus nombres?
Zel. No pude oirles á fé.
Y hablaron con tiento tal
Que aun fué mucho comprender.
(*Despues de un momento de pausa el conde
la dice con inteligencia:*)
Conde. ¿Ella dijo...?
Zel. Idle á traer.
Conde. ¿Y él?
Zel. Haced vos la señal.
Conde. Que me cansó tu cancion
Dirás, y que me marché.
(*Dándola un anillo.*)
Y si eso te cura, ve
La señal del bofeton.
Zel. Prenda de tan soberano
Valor pierde en el poder

De una esclava: otra ha de ser
Mi prenda.
Conde. ¿Cuál?
Zel. Vuestra mano.
(*Se la da y besa.*)
Conde. Tu labio abraza.
Zel. Y tambien
Vuestra mano.
Conde. Zelos son.
Zel. Los hay en mi corazon,
¿Qué extraño que fuego den?
Conde. (¡Con intencion ha besado!)
Zel. (¡Con placer lo ha recibido!)
Conde. (¡Del corazon la ha salido!)
(*Vase.*)
Zel. (Al corazon le ha llegado!)

ESCENA XII.

ZELINA.

¡Oh! echado habias, señora,
Muy torpemente la cuenta,
Que es un guarismo una afrenta
Y muy exacta una mora.
Sin esa injuria cruel
Yo con mi dolor callara,
Mas ya estamos cara á cara
Yo contigo y tú con él.
Un año de esclavitud
Bajo poder tan tirano
Adiestra mucho la mano
Y adelgaza la virtud.
Cuando querais escondidos
Vuestros secretos tener,
Procurad, necios, haber
Siervos sin ojos ni oidos,
Y esclava buscad menguada
Cuyo descuido indiscreto
No sepa con un secreto
Vengar una bofetada.

ESCENA XIII.

ZELINA, ARGENTINA.

Arg. ¿Y el conde?
Zel. Fuése indignado.
Arg. Indignado, ¿mas porqué?
Zel. Mi cancion sin duda fué
que tanto le ha enojado.
Arg. ¡Ira de Dios!
Zel. Hice yo
Lo que pude en mi cantar;
Mas no le debió agradar,
Que á la mitad lo dejó.
Arg. Sin pages...
Zel. Tal fué su fo salir,

Que ni á esperar su litera
Logré que se detuviera.
De enfermo fué algun antojo.
Arg. (Pues tal antojo me agrada.)
Zel. ¿Os entraré á desnudar?
Arg. No. Vete.
Zel. ¿Vais?
Arg. A rezar.
Zel. Entonces no digo nada.
Buenas noches.
Arg. Dios te guarde.

ESCENA XIV.

ARGENTINA.

¿Porqué con tanta opresion
Me palpita el corazon
Acongojado y cobarde?
Yo misma á llamarle envié,
Mas ojalá no viniera;
Mi alma le ansia, le espera,
Mas se avergüenza mi fé.
Ese noble castellano
Me antepone á todo, sí;
Y he de pagarle ¡ay de mí,
Con proceder tan villano!
« A Francia. me dijo, irás,
Donde quieras, porque al cabo
Yo siempre seré el esclavo,
Y tú la reina serás. »
Conoce mi desamor
Y respeta mi secreto;
Yo tambien tendré respeto
A lo menos á su honor.
Vendrá Lotario, vendrá,
Pero verá mi esquivéz,
Y será la última vez
Que mi acento escuchará.
Yo le negaré mi amor
A mi corazon traidora,
Y que parta con la aurora
El osado seductor.
Cierro y aguardo serena el labio
La hora del sacrificio
¡No sé si mi pobrecion,
Podrá con tan hoagravio
Mas oigo abrir la cancion.
Sí, suben alisca es un consuelo
la inquietud,
Y ¿qué es hijo del cielo,
¿de hacer flores del hielo,
Placer de la esclavitud.
Conde. ¡El amor! solo ha brotado
Rudas zarzas para mí
Que el corazon me han llagado.
Zel. El objeto habreis errado
De vuestro amor.
Conde. Lo erré, sí.

Arg. Silencio. ¿Cómo has osado
Sin que yo te haya avisado?...

Lot. Esperar mas no podia.
Del conde vi la litera
El jardin atravesar,
Y no pude refrenar
Mi impaciencia. Tal vez era
Mucho arriesgada mi accion;
Mas perdona, hermosa mia,
Desde el jardin te veia
Por ese abierto balcon.
Sabiendo que me esperabas,
Dije: « Prevenida está,
Pues que me llama. »

Arg. ¿Y quizá
Con una ilusion gozabas!

Lot. ¿Con una ilusion?

Arg. Sí, si:

Todo es mentira, Lotario;
Con el alba es necesario
Que partas lejos de mí.
Vuelve, vuelve á Roquefort,
Huye de Burgos, y mira
Que ha sido mi fé mentira,
Mentira todo mi amor.

Lot. ¿Mentira dices que fué!
Las lágrimas de tus ojos
Desmienten esos enojos
Que finges... no sé porqué.

Arg. ¿No lo sabes ¡insensato!
Y en Burgos soy la condesa?

Lot. ¿Y tanta anterior promesa
De tu amor?

Arg. ¿Y mi recato?

Lot. Por fuerza tu padre vino
Tu mano al conde á ofrecer.

Arg. La fuerza no puede hacer

que yo me desentendiera.

Con. ¿Ah! ¿le amas?

Arg. Guardo su honor.

Siendo de él, el corazon es primero.

Lot. ¿A mi pasion le prefiero.

¡Hola! al buen entendido, eso es amor.

Media palabra le basta.) corrido

¿Zelina? ¿ocura!

Zel. ¿Qué me mandais!

Conde. ¿Quién te enseñó la vida?

Que he escuchado?

Zel. Un bofetón.

Conde. ¿Tales maestros usais

Los moros para cantar?

Zel. Nos los prestan los cristianos,

Que tienen largas las manos

Y nos hacen estudiar.

Conde. Vosotros en recompensa

Les mostrareis...

Zel. Que un secreto

Vale mucho bien sujeto

Te pondrá por condicion.

Y tú tan pérfida ya

Como ese vil castellano,

Vas á ponerla en su mano

Con complacencia quizá.

No, si tu intencion es esa

No eres tú la que yo amé,

Ni por quien aquí llegué,

Ni Argentina, ni francesa.

Arg. ¡Qué delirio te trastorna!

¿Venderte yo que te adoro,

Que atropello mi decoro?

Lot. Gracias al cielo que torna

A tu mente la razon;

Pues mi falso desvario

Te hizo confesar por mio

Tu rebelde corazon.

Ya me lo has dicho; me adoras;

Ya te arranqué á tu pesar

El secreto que ocultar

Me querias... mira... lloras,

Y las lágrimas no salen

Sino de un alma apenada,

Y yo, Argentina adorada,

Sé lo que las tuyas valen.

Te has dejado seducir

Por mi fingido furor;

Confiesa por fin tu amor

Porque no sabes fingir.

Arg. ¡Oh! si, te adoro, es verdad;

Tu imágen de mi memoria

No se apartó, fué mi gloria,

Mas cállalo por piedad.

Siento que tu amor me venza,

Que mi obligacion mancilla,

Y esta confesion me humilla,

La ingratitud me avergüenza.

Lot. La ingratitud, ¿y con quién?

¿Tú has dicho á ese castellano:

Tuya soy? Lleve mi mano,

Dijiste, á quien se la den.

Tu padre por su interés,

Por miedo acaso á una guerra,

Compró un puñado de tierra

Ofreciéndote á sus piés.

Te echó de tu dulce Francia

Y te arrancó de mis brazos,

Sin ver que hacia pedazos

Los sueños de nuestra infancia.

Pues bien, tu cumpliste ya,

Te casaste con su gusto:

Que el tuyo se cumpla es justo

Dirás, y quieres se cumplirá.

¿La heredera sola

Y si eso te cura, su condado

La señal del báculo está reservado,

Zel. Prenda nacido española.

Valor pierde en España, pues;

Tu herencia y persona en vano
Reclamará el castellano
Cuando en Roquefort estés.

Que el moro con cruda guerra

Su venganza atajará,

Y el pobre conde harto hará

Con defenderse en su tierra.

Todo ello será un secreto.

¿Y tu padre qué ha de hacer?

Nada le da que temer

Del conde el inútil reto.

Arg. Mentia si te dijera

Que tan bella perspectiva,

Lotario, no me cautiva,

Que es á fé muy lisonjera;

Mas...

Lot. ¿Qué dudas! Argentina,

Traigo gente, intrepidez

Nunca me faltó.

Arg. Tal vez

Tu confianza te alucina.

Lot. No me amas.

Arg. No digas tal,

Lotario, cuando aun te escucho;

Pero me rinde, aunque lucho,

Presentimiento fatal.

Lot. Necios agüeros, ¿quién cree?

Con valor, ¿qué hay que arriesgar?

Arg. Déjame reflexionar,

Y yo me resolveré.

Lot. La tregua será muy corta.

Arg. Solo un dia.

Lot. Uno no mas.

Mañana...

Arg. Al jardin vendrás

Como hoy.

Lot. Mucho es, mas no importa.

Arg. Irrevocable ha de ser

Mi decision.

Lot. Sí á fé mia.

Arg. Ea pues, sal, que está el dia

Muy próximo á amanecer.

Lot. Adios, amor mio.

Arg. Adios,

Mi Lotario, y por tu vida

Que te guardes bien.

Lot. Descuida,

Que voy de la dicha en pos.

(Mientras Argentina despide á Lotario,

que se va por la puerta secreta, el conde

asoma por el camarín de la mora, y al

volverse Argentina, despues de haber

vuelto á cerrar la puerta, se encuentra

cara á cara con él, que se llega á ella

y la toma por el brazo con frialdad.)

Arg. aterrada. ¡Cielos!

Conde. Le dejo salir,

Con mi coraje aunque lucho,
Porque á tí te quiero mucho
Y él mañana ha de venir.

Mas si de ese seductor

Te arrastraran los conjuros,

Cenizas haré los muros

De Tolosa y Roquefort.

(Argentina cae de rodillas y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SENTADO EN ACTITUD DE ATEN-
CION AGRADABLE; ZELINA, CERCA DE EL
PERO ALGO HACIA SU ESPALDA, SENTADA EN
UNOS COJINES, CANTANDO AL ARPA.

(Preludio largo.)

Zel. (Canta.) « Auras de abril, si algun dia
Cruzaís murmurando el mar,
Decid á la pátria mia

Que por él no he de pasar.

Si he de vivir como ahora,

Id al Africa y contad

Que aquí dichosa una mora

Despreció su libertad.

Decid del tostado moro

En el campesino adoar,

Que el bien que en secreto adoro

No me la deja llorar.

Si he de vivir como ahora,

Id al Africa y contad

Que aquí dichosa una mora

Despreció la libertad. »

Conde. Dichosa tú si en tu labio

No miente tu corazon,

Que olvidas tu condicion,

Tu esclavitud y tu agravio

Al compás de una cancion.

Zel. La música es un consuelo

Que sosiega la inquietud,

Y amor, que es hijo del cielo,

Puede hacer flores del hielo,

Placer de la esclavitud.

Conde. ¡El amor! solo ha brotado

Rudas zarzas para mí

Que el corazon me han llagado.

Zel. El objeto habreis errado

De vuestro amor.

Conde. Lo erré, sí.

Zel. Amor es dios, y jamás
En sus fallos se equivoca,
Y las almas á quien toca
Con su harpon lleva detrás
En rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivéz
Estrechan dos corazones
A aborrecerse, y tal vez
Por esta misma estrechez
Empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razon, fé y tierra
Acerquen mucho á otros dos,
Si en ellos amor no encierra
Su afición, siempre ¡por Dios!
Le harán invencible guerra.

Conde. Eso á mí me sucedió,
Zelina; amoroso, ufano,
Mi corazón se rindió;
Mas el suyo no tocó
Amor, y mi afán fué vano.

Zel. También me sucede así,
Señor; alcancé un objeto
Digno de mi amor, le dí
Mi corazón, y ¡ay de mí!
Mi amor no es mas que un secreto.
Yo no le puedo ocultar
Ni manifestar mi fé,
Continuamente pasar
Le veo acaso, me ve,
Y pasa y... rompo á llorar.

Conde. ¡Pobre esclava! tus servicios
Merecen mi gratitud;
Yo sé que á tus sacrificios,
A tus desvelos y oficios
Debo tal vez mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho
Tendido al pié de mi lecho,
Noches de vela afanosa
Has pasado cuidadosa
Desvelada en mi provecho.
Ya sé que sola tu mano
Con tierno afán me ofrecía
El bálsamo soberano
Que la salud me volvía:
Mas no lo habrás hecho en vano.
Habla, si con esquivéz
Te mira el hombre á quien amas
Por tu condicion tal vez,
Habla, *Zelina;* á las damas
Te igualaré de mas prez.
Te daré la libertad
Y mis tesoros con ella,
Te haré tan noble en verdad
Que envidie tu vanidad.
La cortesana mas bella.
Si entonces á pesar mio
Aun no le rindes, *Zelina,*
Y tuerces tanto desvío,

Serás con ese hombre frio
Lo que yo con Argentina.
Un sér inútil menguado,
A quien sobra un corazón
Ardiente y enamorado,
Que su amor ha equivocado
Y que pide compasión.

Zel. Nosotras las africanas
Somos, señor, muy altivas,
Y en esas almas tiranas
Queremos, aunque cautivas,
Entrar como soberanas.
Esos afeites postizos
Son reclamos echadizos
Que desdeña mi ambición:
Para vencer con hechizos
Me basta mi corazón.
Si el fuego que en él se encierra
No me conquista mi amor
En franca amorosa guerra,
Nunca ha de faltarme tierra
Sobre que llorar, señor.
Pero yo os canso sin duda
Con mis necias relaciones:
¿Qué sabe una esclava ruda
De lo que rompe ni anuda
Tan sublimes aficiones?

(*Hace que se va.*)

Conde. No, por mi vida, *Zelina,*
No te apartes de mi lado;
Tu voz es tan peregrina
Que da á mi fé mortecina
Un impulso inesperado.
Ven tú, el único testigo
Del triste error de mi esposa,
A ser mi guía, mi amigo,
Que esta ofensa vergonzosa
Quiero consultar contigo.
Crece oyéndote mi fé,
Crece oyéndote mi amor
A la ingrata que adoré,
Y al fin la perdonaré
Si me hablas en su favor.
Y tú que como ella hermosa
Y como yo enamorada
Ves mi situación penosa,
Sé entre el esposo y la esposa
Medianera y abogada.

Zel. Yo no sé nunca rogar
Ni por otros ni por mí:
Yo cual sé en silencio amar,
Cuando una ofensa sentí
Me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
Señor, que os hable en su abono;
Mi corazón es tan fiero,
Que cuando odio y cuando quiero
Ni me olvido ni perdono.

Conde. Eso te dice, *Zelina,*
Tu corazón africano,
Que á la venganza se inclina.

Zel. Y eso el honor determina
Que haga un noble castellano.
Ese atrevido francés
Que entró una noche en su cuarto
Contándolo irá despues,
Y con una ofrenda es harto
Para quien honrado es.

Conde. Pues la muerte le haré dar
Y callaré su arrogancia.

Zel. ¿A él solo habeis de matar?
¿Creéis que, nacida en Francia,
Ella os lo ha de perdonar?

Conde. ¡Esclava!

Zel. El vulgo insensato
Será fuerza que se asombre;
No faltará un mentecato
Que pregunte sin recato:
¿Porqué asesinan á ese hombre?
Y esta pregunta mordaz
Estendida en breve espacio
Por toda vuestra ciudad,
Vendrá á retumbar tenaz
Dentro de vuestro palacio.
¿Qué la podreis responder?

Nada, y con eco infinito
Lo que era murmullo ayer
Crecerá hasta ser un grito
Que diga: ... *Por su muger.*

Conde. Tienes razon, ¡ay de mí!
¡Mas la amo tanto!

Zel. Eso sí;
Todo el amor le perdona,
Todo lo olvida y lo abona...
No en Africa... eso es aquí.

Conde. ¡Esclava! tú la aborreces,
Y por eso me aconsejas
Lo que tú sola mereces;
No insistas, pues, muchas veces.

Zel., con ironía. ¡Oh! si yo así vuestras
quejas

Oyera tan sin piedad
Como me acabais de oír
Mi parecer, en verdad
Que vos vuestra enfermedad
Concluyérais con morir.
Consultad, pues, vuestro amor
Y no vuestros intereses,
Y de ese modo, señor,
El castellano valor
Despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla
Esclava de los placeres
Ante sus damas se humilla,
Y contra vos con mancilla
Harán levadas de mugeres.

Conde. Ten la lengua, ¡vive Dios!
Que recordó tal injuria.
Zelina, mueran los dos.

Zel. Mas tened cuenta que á vos
No os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
Una venganza buscad.
Pronta, si, pero segura,
Donde el vulgo que murmura
Adivine la verdad.

Conde. Pues bien, busca tú el camino;
En ese crimen mezquino
Yo tener parte no quiero;
Sentenciaré justiciero,
Mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
Da el encargo á algun villano
Y hazle tú misma cumplir,
Si es que le quiere admitir
Algun pobre castellano.

(*Ruido dentro.*)

¿Qué ruido es este?

ESCENA II.

EL CONDE, ZELINA, UN CABALLERO.

Cab. Señor,
Por esos montes vecinos
Se ve cada vez mayor
De hogueras el resplandor
Que encienden los campesinos.

Conde. ¡Vive Dios! esas hogueras
Nos avisan que los moros
Pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
Y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
Para salir á afrontarlos:
¡Liza fatal les barrunto!
Que venga Egidio: y al punto
¡Que se ensillen mis caballos!
(*Vase el caballero.*)

ESCENA III.

EL CONDE, ZELINA.

Zel. ¿Vais al combate, señor?
Conde. Sí, que es cumplir con mi oficio.
Zel. Ved que aun os falta vigor.
Conde. Me aprovecha el ejercicio,
Y la guerra es el mejor.